

TEXTOS Y GLOSAS

Conversión (dimensión psico-social)

La conversión religiosa es un fenómeno complejo y abierto a múltiples perspectivas. Y entre ellas, alguna un poco olvidada, y, sin embargo, digna de mejor suerte por jerarquía de influjo. Lástima da leer las breves notas y los pocos estudios que de la dimensión psico-social hay en la literatura del ramo¹. A una simple ojeada salta a la vista el retardo en el campo de la investigación experimental: unos pocos estudios de situaciones muy concretas y en grupos restringidos, esto es todo. Y, sin embargo, sólo a través de esa observación sobre el terreno, seguida de modo científico, podemos penetrar en el mismo hacerse de la *actitud* religiosa.

Hechas estas observaciones previas, con valor universal, el análisis, ciertamente muy breve, se centra ahora sobre la *secta*². Sus características propias de grupo restringido y relaciones interpersonales íntimas, configuran un modelo especial de comportamiento, diferente del modelo de iglesia, que exige un tratamiento particular. Y, claro está, dentro del modelo general cada secta tiene sus matices y su colorido propio.

Los datos de varias investigaciones³, a veces encontrados, cotejados unos con otros, van delineando esa imagen, todavía borrosa, de la per-

¹ Una bibliografía internacional sobre sociología religiosa hasta 1964 ha sido publicada por H. CARRIER y E. PIN, *Sociologie du christianisme*, Rome 1964. Referencias sobre estudios posteriores se encuentran en varias revistas, por ejemplo *Social Compass*, y *Sociological Abstracts*.

² Es difícil concretar la noción de secta. Siguiendo a los autores diremos que es "una comunidad voluntaria cuyos miembros se unen los unos a los otros libremente", E. TROELTSCH, *Die Soziallehren der christlichen Kirchen und Gruppen*, Tübingen 1912, 370. La secta se caracteriza por un predominio de la espontaneidad, el carisma, la inspiración y el profetismo, sobre la organización, la función, la doctrina y el sacerdocio. Cfr. H. CARRIER, *Psycho-sociologie de l'appartenance religieuse*, Rome 1960; R. MEHL, *Traité de sociologie du protestantisme*, Neuchâtel 1965; M. COLINON, *Le phénomène des sectes au XX siècle*, Paris 1959.

³ H. H. STROUP, *The Jehovah's Witnesses*, New York 1954; M. ARGYLE, *Religious behaviour*, London 1958; G. HEBERT, *Les Témoins de Jéhovah*, Montréal 1960; G. NICOLE y R. CUENDET, *Darbyisme et assemblées dissidentes*, Paris (Neuchâtel) 1962; J. LOFLAND, *Doomsday cult. A study of conversion, proselytization, and maintenance*, Englewood Cliffs 1966 (este estudio, muy detallado sobre las técnicas de proselitización, tiene la ventaja de estudiar el nacimiento de una nueva religión).

sonalidad sectaria. Y, al hablar de la personalidad sectaria, surge ya una primera pregunta ¿existe un tipo de persona predispuesto a la pertenencia a la secta? Los investigadores ven perfilarse, en un cierto número de adherentes, más numerosos en las sectas ocultistas, unos rasgos uniformes que parecen predisponer a esa pertenencia. Alguno⁴ llega incluso a insinuar una “tendencia sectaria”. Y su pensamiento va a esa persona, perpetuo buscador de religiones, ordinariamente mujer de mediana edad, con propensión a lo “exótico” y “oculto”, reacia a toda institucionalización, que como ave de paso va posándose en cada nueva religión que aparece, sin que ordinariamente se obligue a fondo en alguna de ellas. Otro tipo de persona, que se encuentra con frecuencia en las reuniones de secta, presenta rasgos de inestabilidad psíquica, a veces con antecedentes de tratamiento psiquiátrico, y no es raro el caso de enfermedades físicas.

Naturalmente, estos tipos señalados sólo representan una porción, más o menos numerosa según las características de la secta, del número de adherentes, pero ¿y los otros restantes?

Si nos atenemos a los resultados de varias investigaciones —y, desde luego, parecen venir avalados por la experiencia histórica: florecimiento de sectas en épocas o situaciones críticas— hemos de concluir que existe un terreno abonado para la secta. Será ese inmigrante, arrancado de su cultura, que llega a U. S. A. o a Inglaterra; o ese otro, en situación económica difícil, que vive sometido a privaciones y acomplejado. En los dos casos, y en otros más, el hombre se siente anegado por un mundo socio-económico que le aprisiona y que no puede dominar. Y, en esta situación, surge un sentimiento de abandono y de frustración, y en muchos casos también de rebeldía. El hombre se encuentra inadaptado y marginal. Solo, en medio de la multitud.

¿Qué significa, pues, la pertenencia a ese grupo religioso que es la secta, para todos esos hombres? Significa, contestan los investigadores, que, independientemente de su doctrina religiosa o su contenido moral, la secta tiene unos especiales valores psico-sociales.

Para unos⁵ es una respuesta psicoterapéutica. A través de una enor-

⁴ W. R. CATTON, “What kind of people does a religious cult attract?”: *American Sociological Review* 22 (1957) 561-566.

⁵ W. SARGANT, *Battle for the mind*, London 1957; J. D. FRANK, *Persuasion and healing; a comparative study of psychotherapy*, Baltimore 1961; A. KIEV, “Psychotherapeutic aspects of Pentecostal Sects among West Indian immigrants to England”; *The British Journal of Sociology* 15 (1964) 129-37.

me carga de emotividad, con frecuencia bajo forma de un “despertar” brusco, que crea una conciencia de pecado y asegura la recepción de la gracia —los interesados nos hablan de un nuevo nacimiento: “nacido de nuevo en Cristo”, “salvado” o “regenerado”— la persona se convence de ser el centro de una llamada divina y de su acción curativa. Frases como “Dios vino abajo, rompió su querer y le dio la paz” o “yo sentí el poder y amor de Dios tremendamente”, reflejan todo el dramatismo emocional, no exento de manifestaciones externas, que acompaña la conversión. Se ha llegado incluso a establecer un paralelismo entre conversión y psicoterapia. Y así quieren ver en ambas una técnica que, a través de choques emocionales, reduce la resistencia y libera a los individuos de síntomas neuróticos; y, en el caso de la secta, trae como consecuencia la conversión.

Otros⁶ miran, más bien, la dimensión comunitaria. La secta presenta rasgos de grupo primario: muchas relaciones, mucha intimidad y un ambiente de familiaridad que crea un sentimiento de mutua fraternidad. Los ritos simples y la comunión inmediata a los símbolos religiosos fomenta, por otra parte, una participación activa y directa a la vida cultural. La secta satisface, básicamente, dos exigencias del individuo: *identificación* y *participación*, y para satisfacerlas ha de garantizar la cohesión del grupo y, sobre todo, evitar formas institucionales rígidas. Es constante, en la secta, la voluntad de oponer un poder carismático al poder institucional. A partir de este cambio de óptica, la escenografía, sobre todo del culto, se nos presenta como un drama intensamente vivido, donde los personajes se mueven con amplia libertad. Los sentimientos personales se subliman por la inspiración divina y pasan a tomar forma cultural. El efecto emotivo se logra en el acto de culto y en las personas por el camino del artificio: cantos con un matiz manifiestamente sentimental, predicación larga y muy vigorosa, orientación muy personal, apelos continuos a la penitencia, testimonios de experiencias personales —escenas de drama en carne viva—; es decir, un lugar importante a la subjetividad y a los módulos de contagio.

El clima amable, fraternal de las relaciones que se viven en el grupo, moviéndose sobre ese fondo de experiencia religiosa intensamente vivida, abre horizontes humanos y religiosos a ese hombre marginal e

⁶ R. POBLETE, *Puerto Rican sectarianism and the quest for community*, cit. por H. CARRIER, o. c., 79-81; H. C. CHERY, *L'offensive des sectes* (3.ª ed.), París 1954.

inadaptado de que hemos hablado antes. Una luz aparece en medio de esa bruma opresiva de la frustración y abandono en que se encuentra. “La secta provee... con una experiencia de comunidad, una liberación de tensiones por un ritual catártico y una ideología que coloca menos énfasis sobre la vida presente que sobre la vida del más allá”⁷. Pero ninguna palabra más autorizada y apta para expresarlo que las mismas de los interesados. “Si yo —habla una inmigrante en Inglaterra— no tengo una iglesia a donde ir y donde encuentre amigos, si no tengo quien me comprenda y hable el lenguaje que yo hablo, yo encuentro mucha soledad y dureza en Inglaterra. Cuando voy a la iglesia y canto con los otros y leo la palabra de Dios con todos... puede ser que esté oprimida por un sentimiento de tristeza o depresión, pero la iglesia me estimula”. Y un puertorriqueño en U. S. A., “no hay persona que se ocupe de nosotros... aquí —se refiere a la secta— se encuentran hermanos y hermanas... Ellos nos comprenden... aquí se ruega en común, se siente uno amado, rodeado, ayudado”. Hay, pues, un beneficio comunitario, que prima sobre las ideas religiosas, impuesto por la dinámica de ese vacío humano y social, a que las personas se acogen, y que constituye la base, tal vez la más importante, de la pertenencia a la secta.

Unos terceros —todos ellos autores americanos⁸— ven una reacción de tipo clasista. En el fondo, dicen estos autores, se trata de una reacción inconformista de las clases desfavorecidas materialmente contra su situación. Y, entre las varias vertientes que puede tomar este inconformismo, hay una que, dado su matiz religioso, presenta especiales atractivos para cierto número de personas. La secta crea un nuevo cuadro cultural de referencia que reemplaza al anterior.

No vamos, por supuesto, a intentar un juicio crítico del valor universal de estas explicaciones, ni el fin de estas páginas ni tampoco el nivel de desarrollo de la investigación lo permiten. Pero debemos, eso sí, tomar nota de ellas al menos como hipótesis de trabajo. Además hay que afirmar con fuerza que la secta se inserta en un contexto dinámico, donde indudablemente gozan también un papel importante los factores puramente circunstanciales.

⁷ A. KIEV, *o. c.*, p. 137.

⁸ B. R. WILSON, *Sects and society*, London 1961. Es un análisis crítico de las teorías explicativas americanas. Posiblemente esta explicación teórica de los autores americanos sólo tenga valor dentro de la estructura socio-religiosa americana.

* * *

La secta tiende a afirmar su existencia ante el mundo —esta palabra tiene en la terminología sectaria un significado unívocamente peyorativo— que la rodea y que se niega a aceptar y lo hace con la más fundamental característica de la autodefensa, con la agresividad. Esta agresividad se manifiesta de muy distintas formas, pero las más espectaculares son aquellas que van directamente contra las normas sociales. Y no se puede decir que se trata de algo circunstancial y secundario, sino de algo más profundo, posiblemente de un impulso de frustración social.

Es bien sabido que, para la secta, el mundo padece de una radical corrupción y se encuentra en un estado caótico. Por eso su insistencia sobre el juicio, sobre las penas eternas, sobre la transformación violenta que, para muchas de ellas, se presenta con características cósmicas de inmediata aparición. Pero en medio de este mundo corrompido hay un número de elegidos, retoño del nuevo reino, que hay que salvar del cataclismo, que hay que arrancar de esa corrupción. Y ésta, precisamente, es la función de la secta, una función que impera, que urge a cada uno de sus miembros. Esta responsabilidad incumbe a la secta entera, con sus hombres y sus instituciones, su dinero, su fuerza y sus proyectos, sus ideas y sus ambiciones.

El hecho de que esta responsabilidad de transmitir el nuevo mensaje religioso que ha de cambiar el mundo, haya sido confiado por Dios exclusivamente a ellos que son una minoría insignificante, el hecho de que la salvación de los elegidos esté urgiendo y dependa de ellos, crea en los miembros un gran espíritu proselitista. Dios les ha encomendado un importante mensaje y Dios confía en ellos, este pensamiento, como una fuerza impulsiva, les lanza a la difusión de ese mensaje. Y, si Dios les ha encomendado este honroso encargo, deben tener absoluta confianza, aunque las apariencias momentáneas sean de fracaso, pues el triunfo está asegurado. El fracaso del que se culpa al enemigo —el demonio— que quiere impedir la salvación de los elegidos, en vez de crearles un espíritu de pesimismo, les impulsa a un esfuerzo mayor. ¿Que son pocos en número? No importa, tratarán de compensarlo con la intensidad del esfuerzo. Por otra parte, esto tiene un efecto psicológico: *status* y *función* suben en el nivel de importancia y de satisfacción, cuando el individuo se siente necesario, y esto determina en él una identificación mayor con

el grupo. Identificación al grupo y proselitismo son dos realidades que van en perfecto acuerdo.

Ahora bien ¿de qué medios se vale la secta para rescatar a ese número de personas que según ella están elegidas? De muchos y muy variados. Pero la piedra de toque para que la persona preste su adhesión a la doctrina de la secta pasa casi siempre por la amistad. Un contacto ocasional o intencionado, una preocupación por sus problemas, unas ataduras sentimentales son pasos que, por lo general, preceden a la conversión. Inútil es advertir que en el caso de amistades existentes este camino preparatorio está ya andado. Y se llega así al caso de que la secta experimente toda clase de trucos, alguno no muy limpio, que le permitan establecer ataduras sentimentales. La sonrisa, las invitaciones personales, los ofrecimientos desinteresados, la promoción de diversiones, el interés por los problemas, todo cae dentro de su campo de experimentación. Hay que “ser actores y actrices de la amabilidad”.

Es curioso y significativo, y, sin duda, cae dentro de este proceso psicológico de que venimos hablando, que las personas del grupo estudiado por Lofland distinguan dos etapas en su conversión: identificación sentimental al grupo religioso y adhesión intelectual a sus doctrinas, y que siempre la primera ha precedido a la segunda. La persona, según esta y otras investigaciones, se obliga en la tarea de su adaptación ideológica sólo después de que se ha ligado con ataduras sentimentales.

Por todo ello, la secta se entrega, por lo general, primero a una obra de captación humana. Y su campo privilegiado es el ambiente religioso, preferentemente emocional, donde la persona está ya abierta a los problemas religiosos. Esta persona ofrece, sin duda, mayores posibilidades de conversión; pero también, y esto probablemente tiene un gran influjo en esa orientación de la secta, es un trabajo más cómodo y fácil, pues no encontrará un clima burlón de la idea religiosa. Y, dentro de este campo, se busca sobre todo a la persona que esté un poco abandonada religiosamente —falta de cultura religiosa— o aquella que tiene alguna dificultad, por ejemplo una insatisfacción en su vida religiosa, etc.

En la transmisión del mensaje religioso, la secta usa de múltiples estrategias que van desde esa presentación abierta en que se identifica totalmente, hasta la negación o silencio de su personalidad sectaria, pasando por toda esa gama de matices intermedios. El adherente a la secta unas veces se presentará como miembro de otra religión, otras se ocultará

detrás de fines caritativos y sociales, una tercera abrirá sólo parte de su mensaje, acomodándose a la situación ambiental⁹.

* * *

Las estadísticas religiosas, aun imperfectas como son, con ese lenguaje descarnado pero elocuente en que nos hablan, nos revelan con evidencia un hecho: el aumento de los adherentes a las sectas en casi todas partes, e inmediatamente salta una pregunta ¿qué significado tiene este hecho? He aquí el problema a contestar y cuya solución interesa tanto para enseñanza de nuestros posibles errores.

El examen de los datos anteriores nos marca ya la pauta que seguirán los autores al buscar una explicación a dicho fenómeno. Se hablará¹⁰ de valores dinámicos, presentes en la secta y que, sin embargo, se encuentran ausentes del catolicismo, tales como el sentimiento de comunidad fraternal, el uso de la propia lengua en el culto, la predicación viva y conveniente, la participación de los laicos a la evangelización, el interés total y evidente. Es decir, valores que favorecen la identificación y participación a la secta como grupo humano. Alguno¹¹ pone también como causa lo que él llama una “formación presectaria en la piedad católica” y con esto quiere referirse a las formas sentimentales de devoción. Este mismo autor, como resultado de contactos recientes con ambientes sectarios¹², cree descubrir un nuevo elemento explicativo en las “contradicciones del catolicismo actual”. Por una parte —nos dice—, “el catolicismo estimula a los laicos a tomar parte en el dominio profano; por la otra, rehusa toda autonomía práctica en el dominio religioso”, pero al mismo tiempo “motiva religiosamente la actitud de insubordinación —en un sentido sociológico— que él preconiza en la vida social”. La secta ofrece a través de sus estructuras democráticas una posibilidad de religión aparentemente autónoma.

Hay en todas estas afirmaciones una preocupación reformista que

⁹ En mis contactos con ambientes trabajados por los Testigos de Jehová y con proselitistas de la secta he comprobado el uso que hacen de estas diferentes técnicas.

¹⁰ H. C. CHERY, o. c.; H. VERRIER, *L'Eglise devant les Témoins de Jéhovah*, Raismes (Nord) 1957; M. COLINON, o. c., etc.

¹¹ J. SEGUY, *Les sectes protestantes dans la France contemporaine*, París 1956.

¹² J. SEGUY, “Le non-conformisme sectaire en France”: *Revue Française de Sociologie* 6 (1965) 44-57.

tal vez cargue las tintas con fines impresionistas. Sin embargo, todos los autores citados fundamentan sus afirmaciones en investigaciones, contactos personales, respuestas a cuestiones, y existe una coincidencia en muchas de sus afirmaciones. Todo esto nos obliga a concederle cuidadosa atención.

Termino ya, pero antes permítaseme constatar un hecho que aparece de un examen de los diferentes estudios. Los estratos sociales más abandonados por la Iglesia —católica en los países de mayoría católica, y protestante en los de mayoría protestante— son precisamente aquellos donde se reclutan los convertidos a la secta. Esto no se opone a nuestra afirmación anterior sobre la búsqueda de ambientes religiosos, pues se trata de estratos de un profundo sentido religioso, aunque el abandono les ha convertido en terreno propicio.

JESÚS V. SAN ROMÁN, O. S. A.